

JUAN MARÍA CAPITÁN Y GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER: DOS HOMENAJES A ALBERTO LISTA

Juan J. Cienfuegos

For their reading in the Academia Sevillana de Buenas Letras in homage to Alberto Lista, the humanist of Antequera but resided in Jerez de la Frontera Juan M^a Capitán composed the year 1848 an elegy in Latin of which one makes in this work a critical-literary study. For the same occasion a young Bécquer of so single twelve years writes his first poem in similar tone to that of Capitán but with a more personal style.

El año 1848 moría en Sevilla el trianero Alberto Rodríguez de Lista, maestro y amigo de Bécquer, predecesor del romanticismo, y, por eso mismo, de la moderna poesía española. La ciudad de Sevilla le dedica una fastuosa despedida al patriarca de las letras españolas y, conmovido por ese ambiente, casi como en un ejercicio de escuela, el niño Gustavo Adolfo Bécquer le compone a su maestro, en la intimidad de su admiración, un poema que escribe en un libro de apuntes contables de su padre. Por su parte, la Academia Sevillana de Buenas Letras celebra sesión extraordinaria y en ella se leen dos poemas en honor del fallecido, uno de la extremeña Carolina Coronado y otro del poeta antequerano, afincado en Jerez, Juan María Capitán, buen amigo de Anfriso y muy cercano a él en sus ideas políticas liberales. Del epitafio de Capitán y de la elegía de Bécquer se ocupará este trabajo, empezando por la del profesor jerezano, pero antes de abordar el estudio de su poema en honor de Lista ofrecemos un sucinto resumen de la vida del presbítero Juan M^a Capitán.

Biografía de Juan María Capitán

Salvo algunas lagunas, es bien conocida la biografía de nuestro poeta.¹ Nació en el seno de una modesta familia en Antequera el 21 de diciembre del 1789. Su primera educación la dirigió y costeó un tío suyo del que no se conoce más que su profesión de médico y su afición a la literatura. A los quince años Capitán se queda huérfano al morir sus padres como consecuencia de la epidemia de fiebre amarilla, que también se llevó por delante a su tío, ingresando entonces el muchacho en el antequerano convento franciscano de los Remedios, en el que permanece a lo largo de diecisiete años de los que no se sabe nada, salvo que allí recibió Capitán no sólo su formación religiosa, sino también un profundo conocimiento de las letras clásicas y un gusto por la literatura latina que no lo abandonarán nunca. Este no fue el único provecho de la estancia conventual, porque allí también conoció al superior de la comunidad, fray Sebastián Sánchez Sobrino, hombre harto erudito y versado en las letras clásicas a quien debe Capitán su formación humanística.

En el año 1821 abandona el convento y se seculariza, como muchos otros franciscanos de Andalucía, pasando de clero regular a secular, aunque no sabemos muy bien las razones concretas por las que Capitán abandonó el hábito. Después de su secularización vive en su ciudad natal de las clases que imparte. Contrariamente a lo que le pasó a otros exclaustrados y secularizados, debido al carácter liberal de su pensamiento Capitán gozó del favor del Ayuntamiento Constitucional de Antequera y como amigo de los constitucionalistas recibió el encargo, pagado, de hacer inventario de bibliotecas y pinturas de los conventos y fue nombrado además caballero comisario para inspección de las escuelas. Esta colaboración y afinidad constitucionalista la pagará cara más tarde cuando el absolutismo vuelva al poder, porque Capitán será una más de las víctimas de las purificaciones políticas del nuevo Ayuntamiento instalado en su ciudad desde el año 1823.² Efectivamente, hasta el año 1836 vive Capitán en Antequera en la casa de su hermana y de su cuñado. Son unos tiempos amargos sin ninguna duda porque, además de pasar más de un año preso en el convento de los Capuchinos (desde abril del 1823 a noviembre del 1824), tuvo que presentar en enero de 1831 la renuncia a la Cátedra de Gramática de la Catedral, alegando enfermedad de pulmonía, por las presiones en su contra de los familiares de otro de los concurrentes a quien favorecía incluso el Obispado de Málaga en un escrito donde se le reprocha a Capitán haber sido capellán del Ayuntamiento

¹ El mejor estudio hasta el momento es el de Fermín Requena, *Un humanista y poeta andaluz del siglo XIX. Aportaciones a la biografía de Juan María Capitán*, Centro de Estudios Históricos Jerezanos, 1988.

² No se sabe mucho de esta época de la vida de Capitán, aunque es seguro que fue recluido en un convento de la ciudad para ejercicios espirituales, una mal disimulada prisión de la que consigue sacarlo precisamente el guardián de la misma, fray Cayetano de Sevilla, *Albanio*, cuya amistad se ganó (REQUENA 1988: pág. 42).

Constitucional y «no constar estar purificado». Y eso a pesar de que Capitán había ganado limpiamente en el mes de diciembre de 1830 la votación del Cabildo catedralicio por cinco votos a su favor contra tres para otro de los opositores.

Parece ser que desde el año 1836 al 1838 Capitán permanece en Vélez-Málaga, pero no hay constancia documental dado que los archivos del Episcopado de Málaga desaparecieron en la Guerra Civil. Como quiera que fuera, en sus últimos años en Antequera Capitán estableció una gran amistad con don Francisco Rodríguez García, humanista y profesor de la Cátedra fundada en Lebrija en honor de Elio Antonio. Y fue don Francisco precisamente quien propuso a los patronos del Colegio de Humanidades de San Juan Bautista de Jerez de la Frontera el nombre del antequerano para que ocupara la Cátedra de Latinidad y Literatura, favor que más tarde le devolverá Capitán a su mentor apoyando ante los patronos el nombramiento de don Francisco como nuevo Director del Colegio. Nació entre los dos próceres una amistad más profunda que la que antes habían alimentado con la correspondencia, y el latín y la literatura eran el tema repetido de las eruditas conversaciones de los dos humanistas. Viviendo ya en Jerez, la Academia Sevillana de Buenas Letras lo distinguió con el encargo de un poema en honor de Alberto Lista. Capitán cumplió con lo encargado, pero por motivos de salud no pudo leer personalmente su composición que fue recitada en la Junta de la Academia del día 25 de febrero de 1848. Pocos días antes, Capitán había sido nombrado Académico Honorario de aquella corporación. Al año siguiente unos amigos de Capitán intentan procurarle un sustento más seguro que el de sus clases en el Colegio, o por lo menos, que con el nombramiento se le reconociera la valía al humanista, a manera de tardío homenaje de la ciudad natal para con su hijo. Si la iniciativa había partido espontáneamente de ellos o bien respondía a un deseo expreso del humanista es algo que no llegaremos a saber. El caso fue que la firma del Concordato con la Santa Sede de marzo de 1851 por el que la Iglesia Colegial de Antequera queda reducida a simple parroquia frustró el tardío intento de hacerle justicia a Capitán y no pudo regresar a su patria chica como quizás fuese su deseo.

Capitán debía de arrastrar, además, alguna dolencia desde hacía tiempo, como ya anunció en el homenaje a Lista, porque dos años más tarde, en mayo de 1850 y con sesenta y un años cae definitivamente enfermo y, salvo períodos de relativa mejoría, ya no saldrá de ese postrer padecimiento que, sin embargo, sobrellevará sin una queja. Finalmente, el 7 de marzo de 1854 murió el humanista en la ciudad que le dio acogida, y así lo recogió al día siguiente el diario jerezano *El Guadalete* donde tanto había escrito.

Epitafio en honor de Alberto Lista

Si Capitán, por razón de enfermedad, no pudo leer personalmente su poema en la sesión de la Academia en honor de Lista, cumplió de sobra con los deberes de amistad para con Anfriso dedicándole varias compo-

siciones y una de ellas en latín, que es de la que pasamos a ocuparnos. En efecto, Capitán escribió para el homenaje de la Academia Sevilla de Buenas Letras a Lista un poema titulado «En la corona poética de don Alberto Lista»³ que fue leído junto con el de Carolina Coronado, pero además compuso el siguiente epitafio latino:

*In tumulum clariss. d. Alberti Lista,
Ioannes Maria Capitan
cecinit*

Hic iacet exiguus pulvis pretiosior auro,
quem sua deplorans Hispalis alma tegit.
Hic extinta cinis, quae iam, fulgentior astris
per Baetim atque Tagum, flumina tanta micat.
Hic levis umbra silens, quae non modo tangit Iberum 5
sed Rhodano et Thamesi pervolat usque Tibrim.
Hic clarus vates, cui mens divinior olim
osque sonaturum maxima quaeque, fuit.
Hic rerum scriptor, censor rhetorque sophusque, 10
qui Hesperios inter sustulit inde caput.
Hic ille Albertus, quo non sapientior alter.
Quando viro compar artibus ullus erit?
Hic ille Amphrysus, nobis qui dulcia puber,
nomine Apollineo, carmina prima dedit.
En querulam ripam, quae non vacat aegra dolore, 15
quin vocet ad planctus Arcadas orba suos.
En Arbos antiqua Silentii, nuda comarum;
quaeque feras mulsit saxaque, fracta lyra.
Qui legitis flores, tumulo pia dona ferentes,
dum vale supremum dicere quisque dolet: 20
Spargite cum fletu, Latiis quas munus ab oris
Melpomene insolitas fert quoque moesta rosas.

1 *exiguus pulvis*: VERG. *georg.* IV 87; HOR. *carm.* IV 7 14 *pretiosior auro*: OVID. *ars* II 299

3 *extinta cinis*: OVID. *rem.* 731 *fulgentior astris*: OVID. *met* II 722

5 *levis umbra silens*: VERG. *Aen.* VI 401; OVID. *fast.* V 434, *met.* V 337, *met.* XIII 793

7-8 *cui mens ... maxima*: HOR. *serm.* I 4 43-44

15 *non vacat... dolore*: OVID. *Ib.* 104

17 *nuda comarum*: OVID. *met.* XI 158; HOR. *od.* IV 7 2; VERG. *Aen.* VII 60, *georg.* II 368; MART. *epigr.* I 76 7-8.

18 *feras mulsit*: OVID. *met.* XIX 338-9

19 *dona ferentes*: VERG. *Aen.* II 49.

20 *vale supremum*: OVID. *met.* VI 509

21 *munus ab oris*: VERG. *Aen.* I 1.

22 *spargite rosas*: OVID. *am.* I 2 40; MART. XIII 59 3-4.

³ J.M. CAPITÁN, *Poesías*, tomo I pág. 85. Los primeros versos eran:

Así cantara el vate que algún día

en el pecho novel de alumno coro el estro de los dioses infundía

Versión en español del propio J.M. Capitán

Traducción

Al túmulo del celeberrimo
don Alberto Lista le canta
Juan María Capitán

Aquí descansa el reducido polvo,
De más valía que el de Ofir preciado;
Y hora la patria de su amor, Sevilla,
guarda llorosa.
Aquí apagada la mortal ceniza, 5
que ya en fulgores a los astros vence,
y en Tajo y Betis, caudalosos ríos,
Nítida luce.
Aquí la leve, silenciosa sombra,
que al Ebro avanza, y hasta el almo Tíber 10
desde el undoso Ródano y el Támesis
Rápida vuela.
Aquí el ilustre, el hispalense vate,
que un tiempo tuvo por natura el númen 15
muy más divino y que para egregios cantos
eco sonoro.
Aquí en las ciencias la inmortal lumbrera,
censor, maestro, historiador profundo
que en los Iberos levantar erguida 20
pudo su frente.
Aquí el Alberto sin segundo, solo,
a quien el sabio en su saber no alcanza,
¿Cuándo a las artes nacerá de un Lista
émulo digno?
Aquí el Anfriso, juvenil renombre, 25
que allá le plugo renovar de Apolo
al que primicias de su dulce vena
supo legarnos.
Hé cual suspira su natal ribera,
que, sin dar treguas al dolor, a cuantos 30
Arcades suyos las endechas canten,
huérfana llora.
Hé, pues, el árbol del Silé, desnudo
el tronco añoso de la verde pompa,
y la que riscos halagaba y fieras, 35
rota su lira.
Los que a su tumba, recogiendo flores,
vais a llevarlas en ofrenda pía,
al dar por siempre cada cual el triste
último vale, 40
con tierno llanto esparcid las rosas,
que desde el Lacio, como don insólito,
también os lleva la del sacro Pindo
Musa doliente.

Aquí yace el mínimo polvo más valioso
que el oro, al que en su tristeza cubre su
nutricia Hispalis. Aquí la apagada ceni-
za que ya más brillante que las estrellas
centellea entre los enormes ríos Betis y
Tajo.
Aquí la leve sombra callada que no sólo
alcanza al Hebro, sino que incluso
desde el Ródano y el Támesis hasta el
Tíber vuela.
Aquí el claro poeta que antaño gozó de
inspiración más que divina y una voz
que tanto iba a cantar.
Aquí el historiador, el censor, el maestro
y el sabio que alzó su cabeza por cima
de los de Hesperia.
Aquí yace aquel Alberto no superado en
sabiduría. ¿Cuándo habrá alguien en las
artes que le iguale?
Aquí aquel Anfriso que ya en su juven-
tud con nombre de Apolo nos dió sus
dulces poemas primeros.
He aquí la ribera quejumbrosa que no
descansa del dolor de su tristeza para
convocar al llanto también a los
Arcades.
He aquí el antiguo árbol del silencio
desnudo de su cabellera y, rota, aquella
lira que a toda clase de fieras y piedras
ablandara.
Vosotros, que recogéis flores para dar
por ellas al túmulo piadosa ofrenda,
regad con vuestro llanto las rosas que,
triste, del Lacio le trae Melpómene de
regalo.

Compuesto en endecasílabos sáficos y adónicos⁴ este poema es un buen ejemplo de cómo entiende un poeta y humanista del XIX la traducción del latín al español, así como su destreza para encontrar los recursos comunes entre las dos lenguas. Es evidente, en primer lugar, que la métrica está por encima del propio proceso de creación y mediatiza muchos cambios, de modo que en alguna ocasión el culto poeta latino habría elegido otra manera, otra palabra más fiel al sentido del término original, pero la rima y el acento le imponen su férrea disciplina. Con todo, vamos a fijarnos en los cambios que se presentan con más frecuencia, en orden al léxico y a la gramática en la *Versión* que hizo el propio Capitán.

Cambios léxicos

El duro *iacet* del verso inicial queda reducido a «descansa», un término mucho más suave que revela una visión amable del difunto, que, aun muerto, goza de cierta actividad, ausente por completo en la inmovilidad que confiere *iacet*. Casi de la misma manera, el participio *deplorans* pierde la noción de actividad que como verbo tiene en beneficio del sustantivo «llorosa». La «patria de su amor» no tiene nada en común con *alma Hispalis*, toda vez que el adjetivo *almus* no está relacionado con el amor, sino con el alimento, en este caso espiritual, con el que Sevilla crió a Lista. Sin duda, Capitán optó por una expresión más popular que el culto adjetivo 'almo', que, sin embargo, reserva para el Tíber del verso 10. Los *flumina tanta* vertidos en «caudalosos ríos» revelan la finura del humanista y del poeta. Otro ejemplo de ese profundo conocimiento de humanista es el sonoro adónico «rápido vuela» que interpreta el verbo latino *pervolat*, donde el prefijo *per-* encuentra una respuesta exacta en el adjetivo español. Asimismo, son realmente interesantes las definiciones de las diversas actividades de Lista: *rerum scriptor*, historiador; *ensor*, censor; *rheto*r, maestro; *sophus*, en las ciencias inmortal lumbrera (Lista fue incluso profesor de aritmética). A un verbo responde un sustantivo: En *querulam ripam*, «suspira su natal ribera». En el caso del nombre de la secreta academia, el nombre latino subsiste tal cual en la *Versión*, de modo que a *Silenti* responde «Silé», el imperativo que rezaría al pie del grabado de un niño haciendo el gesto de callar y que estaba tallado en la corteza del famoso ciprés ursoniense al que aludo más adelante en la nota 7. El árbol, *nuda comarum*, es vertido a «desnudo el añoso tronco de la verde pompa», una expresión algo extraña, si se piensa bien. En la versión latina, se entiende fácilmente que la muerte de Lista ha dejado sin hojas al ciprés, pero en el texto español aparece esa «pompa» que quiere ser el *comarum* latino.

⁴ La estrofa sáfica es la preferida por los neoclásicos y la usan con profusión Lista, Jovellanos, Menéndez Valdés, Cadalso y Arjona, e incluso algún romántico, como Javier de Burgos para su traducción de Horacio, (T. NAVARRO TOMÁS, *Métrica española*, 1983, pág. 315), como también dice R. BAEHR (*Manual de versificación española*, 1962, págs. 363-9).

Cambios morfosintácticos

El traslado al español de las comparaciones latinas es muy curioso. Así, el polvo *pretiosior auro* pasa a ser «de más valía que el de Ofirpreciado» y la ceniza *fulgentior astris* deviene «en fulgores a los astros vence». En ambos casos se ha recurrido a una secuencia cuyo rasgo más visible es que sobrepasa en mucho el número de elementos de la expresión original. De otro lado, a la simple *cinis* Capitán le añade en la *Versión* el redundante adjetivo «mortal». Otra manera curiosa de traducir el comparativo (intensivo en este caso) es con acumulación de adverbios: la *mens divinius* acaba siendo «el númen muy más divino». Igualmente resulta bastante alterado y ampliado el sintagma *os sonaturum maxima*, convertido en «y para egregios cantos eco sonoro», donde, entre otros cambios, ha desaparecido la idea de futuro implícita en *sonaturum* y el acusativo adverbial *maxima* cambia a un «eco sonoro», sujeto de una oración nominal que no tiene nada que ver ni con la función ni con el significado que el término tenía en el texto latino. Los versos 13-14, *Hic ille Amphrysus*, supone otro caso de ampliación, cuando el sintagma *nomine Apollineo* se alarga en «juvenil renombre, que allá le plugo renovar de Apolo». No acabo de ver, por otro lado, que *quin vocet ad planctus Arcadas orba suos* esté bien recogido en «sin dar treguas al dolor, a cuantos Arcades suyos las endechas canten, huérfana llora (s.c. la ribera)», donde el significado no es el mismo del original, —que para el llanto convoca, huérfana (s.c. la ribera), a sus arcadios—, y la cantidad de palabras ha sido de sobras superada en la *Versión*, además de que tampoco tiene mucho sentido el propio texto en sí mismo porque la sintaxis hace aguas por todas partes: parece que la ribera está llorando a esos arcadios en lugar de llamarlos a llorar junto con ella, que es lo que dice el texto latino.

El verso 33 de la *Versión* presenta dos añadidos. El *arbores antiqua* se repite con una alusión al tronco (árbol..., desnudo el añoso **tronco**), y la mera fronda (*comarum*) gana también su correspondiente adjetivo (**verde** pompa). Lo mismo ocurre en el v. 21 del original, *fletu*, que es calificado de «tierno» (ausente en latín) en el v. 41.

Y, por último, *Melpomene* es recogida en la perífrasis «la del sacro Pindo Musa».

Estudio léxico-estilístico

En cuanto al léxico, hay varios hechos que merecen ser siquiera mínimamente destacados. Así, mientras que en latín *cinis* es de género masculino, Capitán la emplea como femenino, seguramente por influencia del español. Me ha extrañado que el pseudónimo de Lista sea *Amphrysus*, nombre de un río junto al cual naciera un hijo de Apolo, Idmón,⁵ que

⁵ ORPH. *Argon.* 190.

habría de ser el intérprete de los presagios de los Argonautas, pero que es más conocido por haber consolado a Peneo, el río padre de Dafne.⁶ Tal vez al lector actual no le sugiera mucho, pero esta moda de los pseudónimos tan seguida por los neoclásicos no está sujeta sino a la sonoridad de la propia palabra más que a la denotación que posea, en este caso la relación con el dios de la poesía y con el mundo griego, porque no hay que olvidar que Lista, además de dominar el latín, francés, inglés e italiano, era un buen conocedor de la lengua de Homero. Un término de más enjundia es *Silenti*, o para decirlo completo, *Arbos Silenti*, el árbol del silencio. En efecto, el año 1789 Manuel M^a de Arjona y Cubas funda una Academia Secreta,⁷ a la que llamó *Silé* y dado su carácter oculto, ¿qué mejor palabra que ¡*Calla!* para darle nombre? Precisamente Arjona fue maestro de Lista y de Blanco White, unidos más tarde por una estrecha amistad.

Estudio métrico

Estructura de los cuatro primeros pies:

Combinatoria	En <i>Lista</i> (11 hex)	Porcentaje	Núm. orden en Virgilio <i>Aen.</i>	Núm. orden en Ovidio, <i>met.</i>	Núm. orden en Horacio	Núm. orden en otros poemas de Capitán
SSSS	7, 9, 13	27%	5	15	5	10
DDSD	1,5	18%	10	5	-	5
SDSS	3	9%	4			9
SSSD	11	9%	13			8
DSSD	15	9%	9			4
SSDS	17	9%	7			11
DSDD	19	9%	12			7
DSDS	21	9%	3			3

⁶ OVID. *met.* I 580.

⁷ La Academia fue inaugurada en una hacienda de Osuna denominada *El Ciprés*, propiedad del gobernador Ayllón cuyo sobrino era alumno de la Academia. En aquel árbol inmediato al caserío se grabó la palabra *Silé* (J.M. CAPITÁN, *Poesías*, intr.). Por otra parte, Calderón de la Barca compuso un largo poema de 525 vv. al que tituló casualmente *Psalle et Sile*.

Básicamente hay dos tipos de poesía hexamétrica, una más antigua y preferida por Virgilio en la *Eneida*, que muestra gran predilección por los espondeos, y otra más dactílica, a la que era bastante aficionado el Ovidio de las *Metamorfosis*. Capitán, a pesar de que la combinatoria SSSS sea la primera en este poema, sin embargo, por lo que se observa en el resto de los versos de este poema, se muestra más cómodo con un hexámetro más ligero, más ovidiano, en el sentido que acabamos de decir. Y eso se ve también en la distribución de las cuatro combinatorias más frecuentes en el resto de los poemas dactílicos, sobre un total de 152 hexámetros:

1.	DSSS	35
2.	DDSS	32
3.	DSDS	27
4.	DSSD	24
5.	DDSD	13

Finales de verso en el *Poema a Lista* (11 hexámetros)

2+3: 1º (4 x)

4+2: 2º (2x)

5+2: 3º (2x)

3+2: 4º(1x)

Finales de verso más empleados en el resto de los poemas de J.M. Capitán

3+2: 38x

2+3: 34x

4+2: 34x

3+3: 33x

2+1+2: 6x

Breve comentario literario

El *Poema a Lista* se organiza alrededor de tres elementos básicos, o mejor, de tres *tópoi*:⁸ el elogio del difunto, el lamento por su muerte y el cortejo funerario.

⁸ A este respecto recordemos que los tópicos del epicedio son básicamente tres, consolar a los allegados, elogiar la personalidad del difunto y expresar sus últimos deseos, los *mandata morituri*. Los epicedios latinos más interesantes por su tipología y su definición genérica son, a nuestro juicio, la *Elegia in Maecenatem*, PROPERCIO III 7 a Peto (entre otros), ESTACIO, *silu.* 1 177-193 y la *Consolatio ad Liviam*.

I Elogio: vv. 1-14

La continua anáfora de *hic* le permite a Capitán articular fácilmente los méritos del difunto de modo que, en efecto, este polvo es más precioso que el oro, esta ceniza es más brillante que las estrellas y esta sombra extiende por toda Europa su fama. Pero más allá de esta aparente sencillez reside en la primera parte del elogio (vv. 1-6) una sutil distribución que se materializa en un climax descendente con tres etapas concretadas en aquellas tres palabras centrales, *pulvis*, *cinis*, *umbra*, de polvo viene a ser ceniza y al fin sólo llamada sombra. Pero a la vez hila con las anáforas sendos tópicos del género: el de su patria (v. 2) y el de su fama postrera (v. 4 y 6). Además, forzando algo más las palabras tal vez pueda admitirse un intento de antítesis permanente cuando a *pulvis* contraponen el oro, a *cinis* las estrellas y al silencio de la *umbra* la extensión de su fama por España, Francia, Inglaterra e Italia. En la segunda parte del elogio, (vv. 7-14) se manifiesta una distribución en quiasmo donde las correspondencias son la de *vates* con *Amphrysus* y la de *scriptor...sophusque* con *Albertus*, o lo que es lo mismo las dos caras de los *facta* de Lista, su mérito como profesor y su gloria de poeta, pero expresadas en la secuencia:

A(<i>vates</i>)	—	B (<i>scriptor, censor...</i>)
B (<i>Albertus</i>)	—	A (<i>Amphrysus</i>)

II El lamento: vv. 15-18

A los *hic* de la primera sección los siguen también en anáfora los *En* de la segunda parte donde el léxico (*querulam, dolore, planctus, orba*) es bien explícito a la hora de identificar el motivo que desarrolla el poeta, el dolor por la muerte de Lista a quien echan de menos incluso el Árbol del Silencio (o del Silé) y la lira del poeta, parangonado ya en el culmen del elogio con el mítico Orfeo (v.18).

III. El cortejo: 19-22.

Y dentro de este mítico paisaje inaugurado con la evocación de Orfeo se cierra el poema con un apóstrofe dirigido a quienes forman el cortejo funerario que el autor quiere imaginar, cómo no, recogiendo flores y a los que invita a recibir las que la musa Melpómene trae del Lacio, poniendo así ante el lector a Grecia (en Melpómene) y a Roma (en las flores del Lacio).

El poema de Bécquer

Tenía Bécquer 12 años cuando le dedica esta *Oda* al maestro Lista en el año de su muerte, 1848. Es sabido que esta es la primera composición del poeta sevillano, escrita dentro de los cánones del neoclasicismo de la Segunda Escuela Poética sevillana de Lista, de Blanco y del maestro más cercano a Bécquer, don Francisco Rodríguez Zapata. No obstante, en la

composición se atisba ya el personal estilo del poeta romántico en ese fatalismo que llena todo el poema.

Oda a la muerte de don Alberto Lista

Lágrimas de pesar verted, y el rostro
en señal de dolor, cubrid, doncellas,
las liras destemplad y vuestros cantos
lúgubres suenen.

La vil ceniza del cabello cubra 5
los sueltos rizos que, volando al aire,
digan al par que vuestros ayos tristes:

«Murió el poeta.»

¿Oís? «¡Murió!», repiten asustadas,
con flébil voz, las Musas, y, aterrado, 10
también «Murió» Apolo con dolor repite:

«Murió por siempre.»

Pero mirad, mirad. Ya Melpómene
de entre el lloroso grupo se levanta,
toma la lira y con acento triste 15
canta; escuchemos.

«¿Quién cortó –dice– la preciosa vida
del cisne de la Bética? ¿Qué mano
impía, de las ondas siempre claras
del Betis, arrancó su amado hijo? 20

¿Quién fue el osado?»

Llorad, Musas, llorad, y descompuestas
las trenzas del cabello dad al viento;
la Parca fue quien de su vida el hilo
cortó inmutable. 25

¿Y no temiste? ¿La segura mano
al descargar el golpe no temblaba?
¿Su respetable ancianidad, sus años,
no te movieron?

(Sevilla, octubre de 1848.)

Casualmente el joven Bécquer recurre también a la estrofa sáfica para homenajear a Lista y dibuja un, en cierto modo, acartonado teatro donde las Musas, Apolo y la Parca actúan de figurantes. Se distinguen dos secuencias de ideas, la primera (vv. 1-21) constituida por el apóstrofe del poeta a las Musas, –para componer el **cortejo funerario** y el **canto** de Melpómene– y la segunda (vv. 22-29) materializada en los **reproches** del propio poeta, que son lo más personal del poemita y el prelude de su trayectoria poética posterior, con ese deje resignado que transmiten las trenzas de las Musas ‘descompuestas’ y la Parca ‘inmutable’, que hace vanos todos los lamentos e irreparable la desgracia.

Sorprende, a pesar de todo, la destreza de que hace gala un Gustavo Adolfo Bécquer de tan sólo doce años para componer un epicedio donde, –al lado de elementos ornamentales que, sin dejar de cumplir con la preceptiva al uso, recargan innecesariamente la fluidez natural de los versos–, el tono del poeta que será más tarde surge ya inconfundible en esos diálogos en los que habla con el coro de las Musas, con los propios lectores (Pero mirad, mirad... /...escuchemos) o con la Parca, en la última estrofa. El poema de Capitán, en cambio, es más monótono y apenas se escucha la voz del poeta en los últimos versos, los dedicados a Melpómene.

En conclusión, podemos decir que, partiendo de una misma educación neoclásica, para expresar un mismo dolor cada uno de los dos poetas exhibe su propio estilo, si más solemne el de Juan M. Capitán, más personal, en cambio, el de G.A. Bécquer.